

zación de la protagonista. Particularmente pienso que esas pocas líneas, consignadas en las páginas 42 y 43, deberían ampliarse en las futuras investigaciones que se propone el Ismac sobre el tema.

La importancia de María Cano en la formación de la clase obrera radica en el liderazgo político que ella ejerció en los años veinte. Pero María Cano no fue cualquier líder socialista del decenio: ¡ella era mujer! Piénsese que se trataba de una época en donde la mujer estaba excluida totalmente de la política, además de sufrir otras formas de opresión aún hoy en día vigentes. María Cano denunciaba claramente esta situación: "Entre nosotros se tiene por norma que la mujer no tiene criterio propio, y que siempre obra por acto reflejo del cura, del padre o del amigo. Creo haber educado lo suficiente mi criterio para orientarme" (pág. 95). Con su actuación concreta, mostraría efectivamente su independencia como mujer. Por ello su figura alcanza dimensiones especiales para la historia de la clase obrera colombiana. Sin embargo, en el texto de Marín no encontramos suficiente énfasis en la dimensión de mujer propiamente dicha de María Cano.

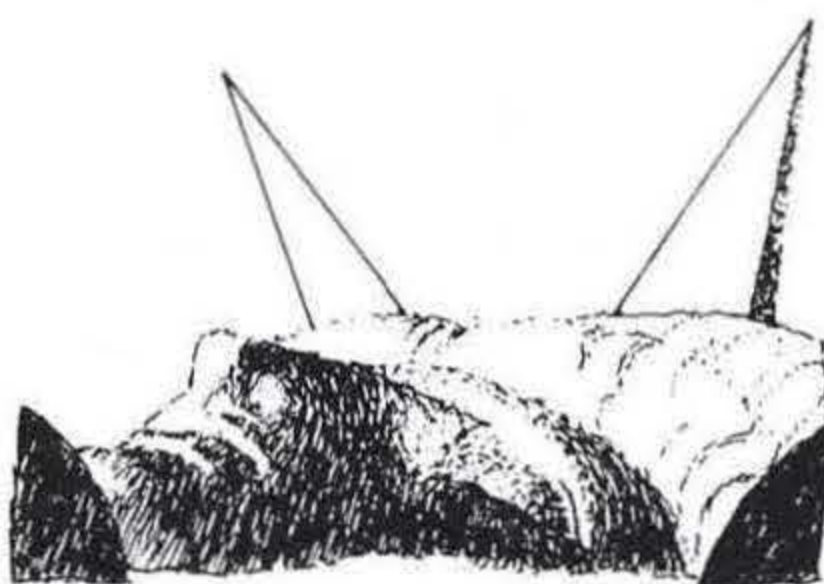
Un aspecto que queda también por analizar, y escapa, obviamente, de los objetivos que se propuso la investigación del Ismac, es el influjo de María Cano en la formación de la cultura de los trabajadores. Para ello sería útil la contrastación de discursos y escritos de la Flor Revolucionaria del Trabajo, con testimonios orales de gente que la conoció, como de hecho lo hacen los autores al entrevistar a María Tila Uribe, hija de Tomás Uribe Márquez (primo hermano y compañero de lucha de María Cano).

Los autores advierten de entrada la intención de reconstruir una parte de la biografía de esta formidable mujer, evitando el peligro de una apología. Sin embargo, el peligro sigue latente, máxime cuando las tradiciones populares tienden a mitificar a quienes consideran sus héroes. En cierto sentido las clases populares, para afirmarse, necesitan crear mitos y héroes, pero éstos pueden

convertirse en obstáculos para la comprensión crítica de su pasado. De ello son bien conscientes los investigadores del Ismac.

El trabajo de Iván Marín es un loable esfuerzo en la reconstrucción de la biografía de una mujer que el país conoce poco pero a la cual le debe mucho. Son los primeros pasos, limitados como todos, pero importantes en una investigación histórica que los colombianos debemos conocer. Es de esperar que los obreros utilicen esta biografía que ha sido pedagógicamente diseñada para ellos. De esta forma quedarían satisfechos los anhelos, no sólo del Ismac, sino probablemente de la misma María Cano.

MAURICIO ARCHILA N.



Excepción a la regla

El federalismo en Antioquia: 1850-1880

Aspectos políticos

Luis Javier Ortiz Mesa

Universidad Nacional de Colombia, seccional de Medellín, 1985, 119 págs.

La corriente de la historia regional ha venido arrojando frutos que, como éste, demuestran la importancia de fraccionar la investigación del devenir nacional a lo acontecido en los territorios que componían la república en sus primeros años. Este impulso es, por lo demás, una consecuencia directa de la primera etapa de lo que en su momento se llamó "la nueva historia", cuyos logros más ostensibles y publicitados hacían generalizaciones sobre lo nacional desde un ángulo en el que la urgencia de encontrar líneas explicativas globales hacía desdeñar la importancia de

hechos que contradecían, o al menos ponían en dificultades, la argumentación central de sus autores.

Así, por ejemplo, Alvaro Tirado Mejía, en sus trabajos sobre la historia del bipartidismo aparecidos en el *Manual de historia* de Colcultura, o en *Colombia hoy*, hace hincapié en la hegemonía liberal que vivió el gobierno central entre 1849 y 1885, con los intervalos conservadores de Manuel M. Mallarino y Mariano Ospina Rodríguez entre 1855 y 1861. Así mismo, otros autores, como Gerardo Molina, se han concentrado exclusivamente en las reformas adelantadas por los gobiernos liberales del medio siglo, sin anotar las dificultades que éstas encontraron en ciertas provincias, en las que se gobernó bajo patrones ideológicos muy diferentes.

Dividido en tres capítulos, que comienzan con un detallado y ameno estudio de la revolución conservadora en Antioquia en 1851 —en la que los conservadores movilizaron muchos copartidarios y establecieron un régimen que a duras penas pasó del despertar revolucionario a la derrota en Abejorral y Rionegro—; seguido por un ilustrado análisis de la forma como los conservadores, una vez reconquistado el poder en 1853, se dedicaron a establecer un mecanismo abusivo (o hegemónico, que suena más elegante) de permanencia en el poder mediante las elecciones (completamente controladas); el libro del profesor Luis Javier Ortiz termina con una clasificación de los aspectos políticos y administrativos que distanciaban definitivamente a liberales y conservadores durante el período estudiado que, como se verá luego, a la vez plantea y deja por fuera los problemas más polémicos de la obra. Finalmente, la publicación termina con un anexo que lleva el número 7 (?) y que no se menciona en el índice general de la obra.

Alrededor de la historia política del siglo pasado podría decirse que la dificultad reside no tanto en soslayar la importancia de las excepciones regionales a la regla nacional, sino en darle una explicación debida a estas situaciones atípicas. En ese sentido es que me interesa mirar el trabajo de

Luis Javier Ortiz, profesor de la carrera de historia de la seccional de Medellín de la Universidad Nacional.

Se trata, sin lugar a dudas, de una obra en la que los hechos están bien historiados. Sin embargo, al lector más suspicaz le queda flotando la pregunta: ¿Qué condiciones posibilitaron que el Estado de Antioquia fuera contra corriente de la tendencia nacional entre 1849-1880, como para sostener en el poder al grupo de conservadores que en el ámbito regional impusieron una hegemonía absolutamente contraria? A esto podría responderse de manera circular afirmando que el federalismo en Colombia durante el siglo XIX obedeció a la necesidad de encontrar arreglos regionales para la constitución de bloques de poder de las elites locales, que no alcanzaban a formular un proyecto de dominación a escala nacional, como se encuentra, por ejemplo, en el libro de Francisco Leal Buitrago *Estado y política en Colombia* (caps. II y III). Pero aun así queda sin despejar el interrogante de las causas de las diferencias regionales.

En este sentido, aunque el libro del profesor Ortiz Mesa arroja luz y adelanta terreno en la búsqueda de esas explicaciones, deja un sabor de frustración al no aprovechar el esclarecimiento del contexto regional para enfrentarse a la cuestión más general de proponer tesis sobre la singularidad de la historia política antioqueña. Por ejemplo, ¿qué hacía que un Estado que salió perdedor en las guerras civiles de 1851, 1861 y 1876 se acomodara momentáneamente a los dictados de los triunfadores de la guerra, para reconstituir al poco tiempo, los mecanismos de dominación local de un modo que chocaba frontalmente contra dichas imposiciones? Porque así como se habla de la hegemonía liberal del gobierno central a mediados del siglo pasado, podríamos hacer cuentas de los años transcurridos bajo una no menos férrea y eficaz hegemonía conservadora en Antioquia entre 1853 y 1862, así como entre 1864 y 1877.

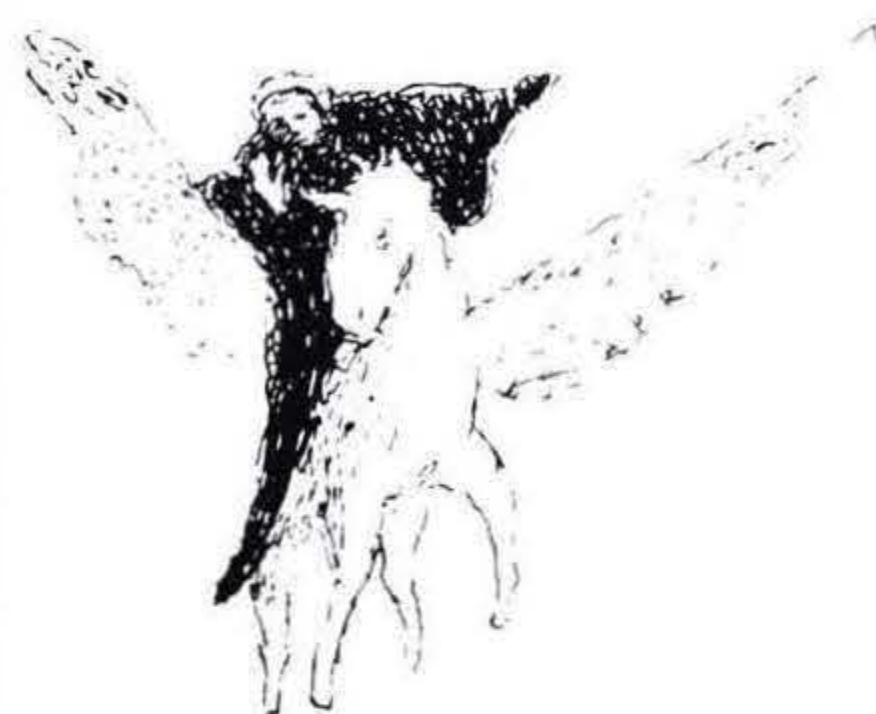
El autor da la impresión de encontrar un elemento que tendría gran importancia como factor de cohesión del proyecto conservador en las leyes

contra la vagancia dictadas durante estos períodos, y le dedica buena parte del último capítulo a este tema. Sin embargo, la sugerencia de que dichas leyes habrían estado orientadas a crear una especie de "esclavos blancos", al emplear esa desafortunada conceptualización de Alvaro Restrepo Euse en su *Historia de Antioquia*, publicada en 1900, impregna el tratamiento del tema de una dosis de desconfianza y exageración.

Desde luego que la aplicación de "penas de concierto" bajo la vigilancia de patrones particulares o estatales implicaba una forma de apropiación del trabajo cuyos efectos sobre la colonización de nuevas zonas para el cultivo del café y la ganadería, o para la realización de las obras públicas que requería el Estado, aceleraba la acumulación de capital de las elites antioqueñas; pero de ahí a concederle seriedad a las palabras de Restrepo Euse cuando afirma que: "Con esta especie de colonos gratuitos, que semejaban esclavos blancos, fueron descuajadas las selvas del río Cauca, y millares de cadáveres fertilizaron este suelo que forma hoy la mejor riqueza de Antioquia", hay mucho trecho. Esta posición es mitigada por la referencia a Roger Brew, quien sostiene, en palabras del autor: "Quienes impulsaron la colonización, en su mayoría propietarios de tierras y comerciantes de la región antioqueña, se proveyeron de mano de obra *incluso* (el subrayado es mío) a través de las leyes contra la vagancia, de gran aplicación en las décadas del 30 al 70 del siglo XIX" (pág. 89).

Quizás buena parte de la explicación a las leyes contra la vagancia y la hegemonía conservadora en Antioquia durante el período del federalismo, resida en el poder y la importancia de la familia. En ese sentido estaríamos a la espera de uno de esos antioqueños guapos y emprendedores que se proponga hacer un análisis de la familia antioqueña en el siglo XIX: fértil, prolija, religiosa, laboriosa, unida, andariega, tradicionalista, cerrada y conservadora; o simplemente mistificada. . .

En ese sentido el libro de Luis Javier Ortiz resulta ser un buen camino de penetración para elaborar un

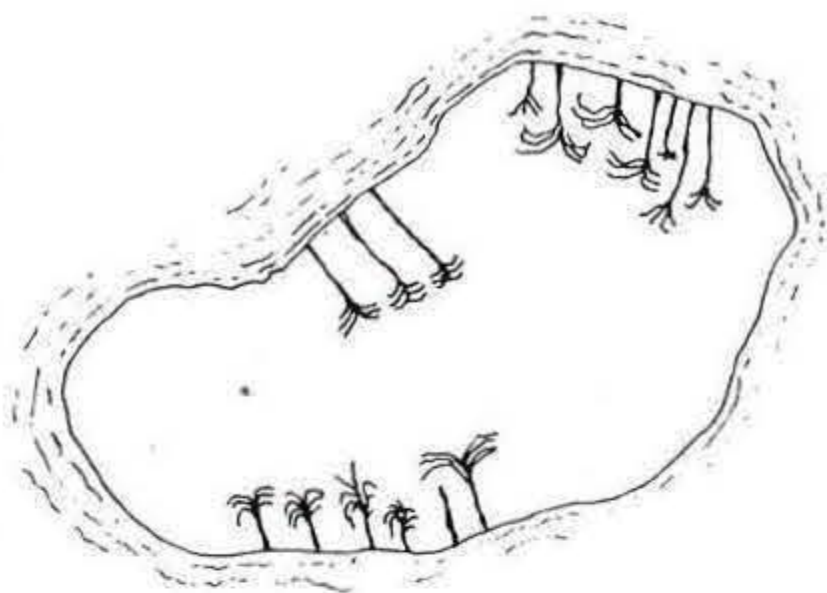


directorio de esos Pedro Antonio Restrepo, Rafael María Giraldo, José María Gómez Hoyos, Pedro J. Berrio, Recaredo de Villa, Julián Vásquez, Juan Crisóstomo Uribe, José María Martínez Pardo, Félix de Villa, Marceliano Vélez y tantos otros sobre los cuales deberíamos saber qué hacían, a qué se dedicaban, de dónde derivaban su sustento o cómo habían obtenido sus fortunas cuando no estaban dedicados al honrado arte de la guerra, la conspiración y la política. La participación de cada uno de estos y otros protagonistas de la hegemonía conservadora da la impresión de que el partido conservador en Antioquia ya funcionaba con unas claras organizaciones en las poblaciones, municipios y departamentos del Estado, de modo que los lazos que unían a cada uno de estos niveles de la organización partidista se movían muy eficientemente para perpetuar la dominación o para prepararse para la guerra: conseguir bestias, aperos y hombres; reunir pólvora y piedra de chispa; acopiar lanzas, escopetas y fusiles. En otras palabras, el partido conservador funcionaba como un mecanismo electoral que cumplía con los rituales de la democracia: realizar elecciones, garantizar el funcionamiento de un poder legislativo, organizar la policía y las rentas del Estado; todo ello dejando por fuera a los liberales. Sin embargo, perdía las guerras. Por eso cabría preguntarse por qué tuvo tan poca utilidad para los liberales antioqueños que el gobierno central los apoyara y les diera el triunfo en las guerras de 1851, 1861 y 1877. . . puesto que la penetración de la ideología conservadora, apoyada y reforzada por la Iglesia y los aguerridos curas párrocos de la época, sumadas a la estructura y característica de

la familia antioqueña, volvían a colocar al conservatismo en el poder.

En conclusión, el libro de Luis Javier Ortiz es, a la vez, pionero y abre boca; rescata gran cantidad de información, de la cual necesitábamos los antioqueños y todos los demás interesados en descubrir un pasado político un tanto difuso o pasado por alto en otras obras (F. Safford, *Significación de los antioqueños en el desarrollo económico Colombiano*, donde se sostiene que los antioqueños no estuvieron muy interesados en la política durante el siglo XIX). Sus fuentes van desde la prensa liberal y conservadora de la época, hasta los registros electorales y oficiales. Además, cuenta con un completo apoyo de las fuentes secundarias más autorizadas. Tal vez lo más importante sea su valor didáctico, aunque desafortunadamente éste tenga que sufrir las ya atávicas limitaciones de una política editorial y comercial sin formulación central y cultural alguna.

JORGE ALBERTO RESTREPO R.



En la isla de Providencia se encuentra la salvación eterna

Providencia: Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses en la isla de Providencia
Arthur Percival Newton
Banco de la República, Bogotá, 1985,
301 págs.

La colonización inglesa de los puritanos en Massachusetts es el ideal que muchos quisieran que se hubiera repetido en América Hispánica en

vez del esfuerzo español, condenado con frecuencia como el origen de tantos males que se padecen en la sociedad actual. Este deseo es ilusorio, primero, porque la corriente puritana fue la excepción o, si se quiere, la protesta dentro de la colonización inglesa. Y en definitiva, la diferencia radicaba no en el hecho de ser ingleses o españoles, sino en el grado de injerencia que tuvo el capital en las distintas empresas colonizadoras. El trabajo de Newton, que nos brinda la oportunidad de comparar las actividades de los puritanos ingleses en Estados Unidos y en la isla colombiana de Providencia, destruye muchos mitos que se han tejido sobre las supuestas bondades de la colonización inglesa en el trópico.

El libro narra la vida de la colonia puritana desde sus antecedentes y su fundación, en 1629, hasta la definitiva destrucción, en 1641, a manos de las fuerzas militares españolas. Toda la obra constituye la referencia indispensable para este tema, pero sin lugar a dudas la parte más interesante es la primera, que comprende los años 1629-1635 (capítulos I a VIII), cuando se llevó a cabo el único intento de crear una sociedad ideal en la convulsionada zona del Caribe colonial.

Los objetivos en Providencia eran los mismos que en Massachusetts: "sentar las bases de un monumento eterno y glorioso representado en la propagación de la verdadera religión" (pág. 101). La isla cumplía la función de ser un refugio para los puritanos que eran perseguidos en Inglaterra. Según la disponibilidad de viajes, algunos iban a Massachusetts, otros a Providencia, pero todos eran de la misma composición social y motivados por el fervoroso deseo de pertenecer a "una sociedad ordenada de acuerdo con los dictados de religión y gobernada con justicia y equidad, pero basada en el más rígido modelo puritano" (pág. 103).

El modelo puritano no toleraba ninguna otra creencia espiritual, a pesar de haber sufrido la persecución religiosa en Inglaterra. El trabajo honrado del individuo y su familia era exaltado como la máxima obligación. Trabajar y rezar, he ahí las

dos funciones del puritano, que no podía dejarse arrastrar por distracciones: los bailes mixtos estaban prohibidos, y cuando llegaron a Providencia mesas de juego, dados y cartas, todo fue quemado públicamente. Las numerosísimas referencias al vino en la Biblia impedían prohibir el consumo de bebidas alcohólicas, pero un control riguroso limitaba sus ventas a mínimas cantidades y solamente en ocasiones especiales. Sobre decir que se ejercía una vigilancia permanente sobre la moral y las costumbres de todos los individuos en la isla, y que cualquier comportamiento que se desviaba de las normas puritanas acarrearía rápidos castigos, que llegaban hasta la expulsión o la ejecución.

La Compañía de la isla de Providencia, promotora de la fundación de esta segunda colonia puritana, podía sentirse orgullosa de haber establecido en el Caribe una copia de la que existía en Massachusetts. Pero había una diferencia fundamental que desde la misma fundación, en 1629, empezó a traer resultados muy distintos: mientras que Massachusetts fue obra de familias puritanas cuyo único recurso era su propio trabajo, Providencia juntaba las dos metas contradictorias de querer ser una sociedad ideal y al mismo tiempo una inversión rentable. En efecto, los puritanos que habían invertido capitales en la empresa esperaban y exigían que la isla produjera jugosas utilidades. El hecho de estar situada Providencia en una zona tropical y entre colonias españolas ejerció también alguna influencia, pero la explicación decisiva para el desenvolvimiento divergente entre Massachusetts y la isla del Caribe la encontramos en la presencia del capital mercantil.

A los inmigrantes puritanos rasos los movía un sincero fervor religioso y actuaban con la más escrupulosa honradez, pero los representantes de la Compañía en la isla sabían que su permanencia en los cargos directivos dependía de las utilidades que remitían a Londres. Los suelos de Providencia, complementados con la pesca, bastaban para dar un sustento abundante para la pequeña y laboriosa población puritana, pero no había la